RICARDO MELLA
(RAÚL)



La Bancarrota de las Creencias

El Anarquismo Naciente



BUENOS AIRES

B. FUEYO, EDITOR — AZCUÉNAGA 16

LA BANCARROTA DE LAS CREENCIAS

Talleres gráficos B. Fueyo — Azcuénaga 16, Bs. As.

RICARDO MELLA
(RAÚL)

LA BANCARROTA de las CREENCIAS

El Anarquismo Naciente



BUENOS AIRES

B. FUEYO, EDITOR — AZCUÉNAGA 16

La bancarrota de las creencias

A MI HERMANO J. PRAT

La fe tuvo su tiempo; tuvo también su quiebra ruidosa. No quedan en pie a estas horas, sino solitarias ruinas de sus altares.

Si preguntáis lo mismo a las gentes cultas que a las que todavía llevan taparrabo intelectual, y quieren contestaros en conciencia, os dirán que ha muerto para siempre la fe; la fe política, la fe religiosa, hasta la fe científica, que ha defraudado tantas esperanzas.

Muerto todo el pasado, las miradas se dirigieron al sol naciente. Las ciencias tuvieron sus himnos triunfales. Y sucedió que la multitud dióse nuevos ídolos, y ahora mismo andan por ahí los conspícuos de las creencias nuevas predicando a diestro y a siniestro las excelsas virtudes de la dogmática científica. La logorrea peligrosa de encomiásticos adjetivos, la charla sempiterna de los labios de guardarropía, nos pone en trance de que con razón se proclame la bancarrota de la ciencia.

En realidad de verdad no es la ciencia la que quiebra en nuestros días. No hay una ciencia, hay ciencias. Y lo que no existe no puede quebrar. Si se pretendiera todavía que aquello que está en perpetua formación, aquello que constituye o va constituyendo el caudal de los conocimientos, hace bancarrota en nuestra época, demostraríanos únicamente quien tal dijera, que buscaba en las ciencias lo que ellas no pueden darnos. No

quiebra la labor humana de investigar y conocer; lo que quiebra, como antes se quebró la fe, son las creencias.

La comodidad de creer sin examen, unida a la pobreza de la cultura general, ha dado por resultado que a la fe teológica haya sucedido la fe filosófica, y más tarde la fe científica. Así, a los fanáticos religiosos y a los fanáticos políticos, siguen los creyentes de una multitud de "ismos", que si abonan la mayor riqueza de nuestro entendimiento semi-emancipado no hacen sino confirmar las atávicas tendencias del humano espíritu.

Pero ¿qué significa el clamoreo que a cada paso se levanta en el seno de partidos, escuelas y doctrinas? ¿Qué es ese batallar sin tregua entre los catecúmenos de una misma iglesia? Es sencillamente que las creencias quiebran.

El entusiasmo del neófito concurre lo mismo que la aparición de nuevas doctrinas a la elaboración de las creencias. Se anhela algo mejor, se busca un ideal, se desea ejercitar las actividades en algo noble, elevado, grande, y apenas hecho ligero examen, si se topa con la nota que repercute armónicamente en nuestro entendimiento y en nuestro corazón, se cree. La creencia arrástranos entonces a todo; dirige y gobierna nuestra existencia entera; absorbe todas nuestras facultades. De este modo es como las capillas, como las iglesias, chicas o grandes, se alzan por todas partes. La creencia tiene sus altares como los tuvo la fe.

Mas hay una hora fatal, inevitable, de interrogaciones temibles. Y esta hora es aquella en que un pensamiento maduro se pregunta a sí mismo la razón de sus creencias y de sus amores ideológicos.

La palabra ideal, que era algo así como la nebulosa de un dios en cuyo altar quemábanse el incienso de nuestros entusiasmos, se bambolea entonces. Algo se desmorona dentro de nosotros mismos. Vacilamos como edificio cuyos cimientos flaquearan. Sentímonos molestos

con los compromisos de partido y de opinión, tal como si nuestras propias creencias llegaran a convertirse en atadero inaguantable. Creíamos en el hombre y ya no creemos. Afirmábamos en redondo la virtud mágica de ciertas ideas y ya no osamos afirmarla. Gozábamos el entusiasmo de una regeneración positiva e inmediata y ya no lo gozamos. Sentimos miedo de nosotros mismos. ¡Qué prodigioso esfuerzo de voluntad para no caer en la más espantosa vacuidad de ideas y de sentimientos!

Allá va la multitud arrastrada por la verbosidad de los que no llevan nada dentro y por la ceguera de los que creen andar repletos de grandes e incontestables verdades. Allá va la multitud prestando con la inconsciencia de su acción vida aparente a un cadáver cuyo enterramiento no espera sino la voluntad fuerte de una inteligencia genial que arranque la venda de la nueva fe.

Pero el hombre que piensa, que medita sobre sus opiniones y sus actos, en la silenciosa soledad a que le lleva la insuficiencia de las creencias, esboza el comienzo de la gran catástrofe, presiente la bancarrota de todo lo que mantiene a la humanidad en pie de guerra.

Las polémicas ruidosas de los partidos, las batallas diarias de personalismos, de enconos, de odios y de envidias que ponen de relieve todas las vanidades, todas las ambiciones, todas las pequeñas y grandes miserias que cogen al cuerpo social de arriba a abajo; no significan otra cosa sino que las creencias hacen quiebra por doquier.

Dentro de poco, tal vez ahora mismo, si profundizáramos en la conciencia de los creyentes, de todos los creyentes, no hallaríamos sino dudas e interrogaciones. Confesarán pronto sus incertidumbres todos los hombres de bien. Sólo quedarán afirmando la creencia cerrada aquellos que de afirmarlo saquen algún provecho, del mismo modo que los sacerdotes de las religiones y los

augures de la política continúan cantando las excelencias de la fe que aun después de muerta les da de comer.

¿Es acaso, qué la humanidad va a precipitarse en el abismo de la negación final, la negación de sí misma?

No pensemos como viejos creyentes que lloran ante el altar que se derrumba. La humanidad no hará otra cosa que romper otro anillo de la cadena que la aprisiona. El estrépito importa poco. Quien no se sienta con ánimos para resistir al derrumbamiento, hará bien en retirarse. Hay siempre caridad para los inválidos.

Creímos que las ideas tenían la virtud soberana de regenerarnos, y nos hallamos ahora con que quien no lleva en sí mismo elementos de pureza, de justificación y de veracidad, no los puede tomar a préstamo de ningún ideal. Bajo el influjo pasajero de un entusiasmo virgen parecemos renovados, mas cabo el medio ambiente recobra su imperio. La humanidad no se compone de héroes y genios; y así, aun los más puros, se hunden al fin en la inmundicia de todas las pequeñas pasiones. La hora en que quiebran las creencias es también la hora en que se conoce a todos los defraudadores.

¿Estaremos en un círculo de hierro? Más allá de todas las hecatombes, la vida brota de nuevo. Si las cosas no se modifican conforme a nuestras tesis particulares, si no suceden tal como queremos que sucedan, ello no abona a negación de la realidad de las realidades. Fuera de nuestras pretensiones de creyentes, la modificación persiste, el cambio contínuo se cumple, todo evoluciona, medio, hombres y cosas. ¿Cómo? ¿En qué dirección? ¡Ah! Eso es precisamente lo que queda a merced de la inconsciencia de las multitudes: eso es lo que en último término decide un elemento extraño a la labor del entendimiento y de las ciencias: la fuerza.

Después de todas las propagandas y de todos los progresos de los tiempos, la humanidad no tiene, no

quiere tener más credo que la violencia. ¿Acierta? ¿Se equivoca?

Y es fuerza que aceptemos las cosas como son, y que, aceptándolas, no flaquee nuestro espíritu. En el momento crítico en que todo se desmorona en nosotros y alrededor de nosotros; cuando nos penetramos de que no somos ni mejores ni peores que los demás; cuando nos convencemos de que el porvenir no se encierra en ninguna de las fórmulas que aún nos son caras, de que la especie no se conformará jamás a los moldes de una comunidad determinada, llámese A o llámese B; cuando nos cercioramos, en fin, de que no hemos hecho más que forjar nuevas cadenas, doradas con nombres queridos, en este momento decisivo es menester que rompamos todos los cachivaches de la creencia, que cortemos todos los ataderos y resurjamos a la independencia personal más firmes que nunca.

Si se agita una individualidad vigorosa dentro de nosotros, no moriremos moralmente a manos del vacío intelectual. Hay siempre para el hombre una afirmación categórica, el "devenir", el más allá que se aleja sin tregua y tras el cual es preciso correr, sin embargo. Corramos más aprisa cuando la bancarrota de las creencias es cosa hecha.

¿Qué importa la seguridad de que la meta se alejará eternamente de nosotros? Hombres que luchen, aun en esta convicción, son los que se necesitan; no aquellos que en todo hallan elementos de medro personal; no aquellos que nacen de los intereses de partido banderín de enganche para la satisfacción de sus ambiciones; no aquellos que, puestos a monopolizar en provecho propio, monopolizarían hasta los sentimientos y las ideas.

También entre los hombres de aspiraciones más sanas se hace plaza el egoísmo, la vanidad, la petulancia necia y la ambición baja. También en los partidos de ideas más generosas hay levadura de la esclavitud y de la

explotación. Aun en el círculo de los más nobles ideales pupulan el charlatanismo y el endiosamiento; el fanatismo, pronto a la intransigencia con el amigo, más pronto a la cobardía con el adversario; la fatuidad que se hombrea al amparo de la ignorancia general. En todas partes la mala hierba brota y crece. No vivamos de espejismos.

¿Dejaremos que nos aplaste la pesadumbre de todo lo atávico que resurge, con nombres sonoros, en nosotros y alrededor de nosotros?

Erguirse firme, más firme que nunca, poniendo la mira más allá, siempre más allá de una concepción cualquiera, revelará al verdadero luchador, al revolucionario de ayer, de hoy y de mañana. Sin arrestos de heroe, es menester pasar impávido al través de las llamas que consumen la mole de los tiempos, arriesgarse entre las maderas que crujen, los techos que se hunden, los altos muros que se desploman. Y detrás no quedarán sino cenizas, cascote, informes escombros que habrán aplastado la mala hierba. Para los que vengan después no restará más que una obra sencilla: desembarazar el suelo de obstáculos sin vida.

Si la caída de la fe ha permitido que en campo fértil del humano espíritu crezca la creencia, y la creencia a su vez vacila y se inclina marchita hacia la tierra, cantemos la bancarrota de la creencia, porque ella es un nuevo paso en el camino de la libertad individual.

Si hay ideas, por avanzadas que sean, que nos han atado al cepo del doctrinarismo, hagámoslas añicos. Una idealidad suprema para la mente, una grata satisfacción para el espíritu desdeñoso de las pequeñeces humanas, una fuerza poderosa para la actividad creadora, puesto el pensamiento en el porvenir y el corazón en el bienestar de todos los hombres, quedará siempre en pie, aun después de la bancarrota de todas las creencias.

En estos momentos, aunque se espanten los mentecatos, aunque se subleven todos los encasillados, bulle en muchos cerebros algo incomprensible para el mundo que muere; más allá de la anarquía hay también un sol que nace, que en la sucesión del tiempo no hay ocaso sin orto.

El Anarquismo naciente

Nunca segundas partes fueron buenas. Pero amigos queridos que, juzgando buena la primera, decidieron editarla en folleto, me piden que amplíe la materia en unas cuantas cuartillas más, y no puedo ni quiero negarme.

Escribí "La bancarrota de las creencias" en un momento de dolorosas impresiones por el derrumbamiento de algo que vive en la ilusión, mas no en la realidad, que juega a veces con las ideas y con los afectos para darnos el tormento de nuestra propia impotencia y de nuestros propios errores reconocidos.

No cede la verdad sus fueros a los convencionalismos ideológicos, y los que nos preciamos de rendirla culto, ni aun por sentimiento de solidaridad, mucho menos por espíritu de partido, habíamos de sacrificar la más pequeña parcela de aquello que entendemos está sobre todas las doctrinas.

Quien quiera que haya seguido atento el desenvolvimiento gradual de las ideas revolucionarias, del anarquismo principalmente, habrá visto que en el curso del tiempo llegaron a cristalizar en los cerebros ciertos principios a modo de condiciones infalibles de la verdad absoluta. Habrá visto cómo se han ido elaborando pequeños dogmas y cómo por el influjo de un misticismo extraño se llegó, en fin, a la afirmación de credos cerrados, pretendiendo nada menos que la posesión de toda la

verdad, la verdad de hoy y de mañana, la verdad de siempre. Y habrá visto, cómo después de nuestros escarceos metafísicos, nos hemos ido quedando con las pala bras, con los nombres, y vacíos por completo de ideas. Al culto a la verdad sucedió la idolatría por la nomenclatura sonora, la magia del efectismo, casi la fe en la fortuíta combinación de las letras.

Es el proceso evolutivo de todas las creencias. El anarquismo, que nace como crítica, se trueca en afirmación que toca los linderos del dogma y de la secta. Surgen los creyentes, los fanáticos, los entusiastas del nombre. Y surgen también los teorizantes que hacen de la anarquía un credo individualista o socialista, colectivista o comunista, ateo, materialista, de esta o de la otra escuela filosófica. Finalmente nacen en el seno del anarquismo los particularismos por la vida, por el arte, por la belleza, por la superhombría o por la irreductible egoística independencia personal. Se parcela así la síntesis ideal y, poco a poco, hay tantas capillas como propagandistas, tantas doctrinas como escritores. El resultado es fatal: caemos en todas las vulgaridades del espíritu de partido, en todas las pasioncillas del personalismo, en todas las bajezas de la ambición y de la vanidad.

¿Cómo poner la llaga al descubierto sin tocar a las personas, sin convertir el asunto en piedra de escándalo, en materia de nuevas acusaciones e injurias?

Que el anarquismo ha llegado a ser para muchos una creencia o una fe, ¿quién ha de negarlo? Pues porque ha llegado a serlo y por serlo se han provocado apasionadas contiendas, divisiones injustificadas, exclusivismos dogmáticos, es por lo que, cumplida la evolución, la bancarrota de las creencias, realidad en los hechos, debe ser proclamada sin rebozo por cuantos amamos la verdad.

Cuando el anarquismo ha ganado más terreno, debía surgir necesariamente la crisis. La inquietud se manifiesta en todas partes. Libros, revistas, periódicos, reuniones reflejan los efectos del raro contraste producido por el choque de tantas opiniones que se han colado de rondón en el campo anarquista. En pugna abierta los particularismos doctrinales, caen uno a uno en la batalla de las creencias. Ninguna está firme, no puede estarlo, bajo pena de auto-negación.

La ilusión de un anarquismo cerrado, compacto, uniforme, puro y fijo como la fe inmaculada en lo absoluto, pudo vivir en los entusiasmos de momento, en las imaginaciones febriles, ansiosas de bondad y de justicia; pero exhaustas de verdad y de razón. Muere fatalmente cuando el entendimiento se aclara y el análisis desgaja las entrañas de la idealidad. Y llega el momento supremo de hacer añicos las propias creencias, de romper los cachivaches ideológicos adquiridos en tal o cual autor, en el amorío con esta o la otra tesis social o filosófica. ¿Por qué ocultarlo? ¿Por qué continuar batallando a nombre de puerilidades pseudo-científicas y semilógicas? La verdad no se encierra en un punto de vista exclusivo; no se guarda en arcas de frágil tabla; no está ahí a la mano ni al alcance del primer osado que resuelva descubrirla. Como las ciencias, como todo lo humano está en formación, estará perpétuamente en formación. Estamos y estaremos siempre obligados a caminar tras ella por tanteos sucesivos, que no de otra suerte se forma el cuadal de los conocimientos y se establece la certidumbre.

Es así como el anarquismo será superado. Y cuando hablo del anarquismo y digo que bulle en muchos cerebros algo incomprensible para el mundo que muere, y que se presiente más allá de la anarquía un sol, que nace porque en la sucesión del tiempo no hay ocaso sin orto, es del anarquismo doctrinario, que forma escuela, que

levanta capillas, que edifica altares, del que digo que hace quiebra. Sí; más allá de este momento necesario de la bancarrota de las creencias, está la amplia síntesis anarquista que recoge de todos los particularismos afirmados, de todas las tesis filosóficas, de todos los avances formidables de la común labor intelectual, las verdades establecidas bien comprobadas, por cuya demostración toda lucha es ya imposible. Esta síntesis amplísima, expresión acabada del anarquismo que abre sus puertas a todo lo que llega del mañana y a todo lo que queda firme y fuerte del ayer y se reafirma en el embate del hoy que escudriña lo desconocido, esta síntesis es la negación terminante de toda creencia.

No es menester gritar ¡abajo las creencias! Ellas perecen a sus propias manos .La creencia es un obstáculo al conocimiento, como la fe. Y en el rebullir inquieto de cuantos nos decimos anarquistas, las creencias fracasan. No lo ocultemos. Que cada uno arroje de si la vieja dogmática de sus opiniones, los amores de su predilección filosófica y, lanzando el espíritu por los anchos senderos de la investigación sin trabas, llegue hasta la concepción del anarquismo consciente, viril, generoso, que no riñe sino con los convencionalismos y con los errores y tiene tolerancia para todas las ideas, pero que no acepta, ni aun a título provisorio, sino aquello que esté bien comprobado.

Este anarquismo es el que se halla en formación callada, es el que se elabora lentamente en las creencias capaces de sentir la presión de los atavismos que surgen por doquier, es el que me hizo escribir "La bancarrota de las creencias": un grito de protesta contra la realidad del rebaño anarquista, de aliento para la independencia personal, de expansión para el ideal que cada día vive más fuerte en mí y me anima a la pelea por un porvenir que no he de gozar, pero que será de justicia, de bienestar y de amor para los hombres de mañana. Este anarquismo es el anarquismo naciente, capaz de recoger en su seno todas las tendencias libertarias, de alentar todas las nobles rebeldías, de imprimir a los espíritus generosos el impulso de la libertad en todas direcciones, sin cortapisas y sin perjuicios, con la sola condición de que el exclusivismo no levante murallas chinescas y de que el entendimiento se entregue por entero y sin reservas a la verdad que late vigorosa en las más diversas modalidades del ideal nuevo.

Ya no se dirá a nombre del anarquismo: ¡no más allá! La justicia absoluta, revivida en el dogma que muere, no será sino la meta indeterminada que cambia según se desenvuelve la mentalidad humana. Y no caeremos de nuevo en el extraño y singular error de fijar un límite, por lejano que sea, al progreso de las ideas y de las formas de conveniencia social.

El anarquismo naciente proclama el más allá inacabable después de haber derribado todos los valladares del secular absolutismo intelectual de los hombres.

¿No creéis que fracasan actualmente todos los particularismos doctrinales, todas las teorías; que se derrumban todas las fábricas de cascote levantadas torpemente para mayor gloria de dogmas nuevos? ¿No creéis que la bancarrota de las creencias es el último anillo de la cadena humana que se quiebra y nos ofrece la amplitud total de la idealidad anarquista pura y sin mácula?

La fe os habrá cegado. Y haréis bien en renunciar a la palabra libertad; que se puede ser rebaño aun dentro de las ideas más radicales.

Por nuestra parte nos limitamos a registrar un hecho: anarquistas de todas las tendencias caminan resueltamente hacia la afirmación de una gran síntesis social que abarque todas las diversas manifestaciones del ideal. El caminar es silencioso; pronto vendrá el ruidoso rompi-

miento si hay quien se empeñe en continuar amarrado al espíritu de camarilla y de secta.

Quien no se haya emancipado por el mismo quedará rezagado con el movimiento actual y será en vano que busque redentores. **Morirá esclavo**.



SINCERIDAD

Es un espectáculo triste el de nuestros días. La mentira pública y privada corroe las entrañas de la sociedad. El vicio gana a los hombres y a las mujeres, a los ancianos y a los niños. La vanidad desvanece el cerebro. Hipócritas y fatuos, embusteros y degradados, corremos tras miserables fines de pasajero goce.

Invadidos por la epidemia del escepticismo más repugnante, pisoteamos la conciencia, despreciamos la personalidad. Todo es igual si cuidadosos aparentamos cualidades que ni nosotros mismos ni nadie nos reconoce.

Hemos firmado un compromiso con las apariencias rindiéndonos a la maldad. Nuestra educación política, nuestra educación social, nuestra mentalidad, nuestra efectividad, todo, absolutamente todo, descansa en ese compromiso.

No es esto pesimismo de escuela ni pesimismo de tendencia orgánica. Es la expresión de la realidad que se impone por doquier. Contemplamos a un hombre cualquiera, sean las que fueren sus ideas y sus sentimientos, y de pronto salta la mentira, salta el fingimiento, salta la vanidad. los excépticos declarados se confiesan o se excusan. Quien se excusa se acusa, leí no sé dónde. Los que tienen o parecen tener ideas, aspiraciones, velan lo mejor posible su propia insanía. Provocadlos y os enseñarán más mentiras que verdades, más vanidad que ciencia propia, más hipocresía. La línea recta es

el egoísmo estrecho de las más diversas concupiscencias. No faltan los que cínicamente ostentan la perversidad de la moderna vida social.

Estamos en plena crisis de todo un mundo que amenaza próxima ruina. Desgastados los resortes de la vieja moral, del idealismo trascendente, de la política rancia, todo el mundo se entrega a las más bajas pasiones. La ambición se desborda: ambición mezquina, pobre, deleznable. El egoísmo cristaliza; egoísmo raquítico, anémico. Todas las cualidades nobles de la personalidad bailan una danza macabra y se prosternan en el altar de la concupiscencia. Se ponen las ideas, los setimientos, al servicio de la pasión. Es menester "arrastrarse para subir, como hacen las orugas, a lo largo de una estaca". "En vano (Dumont) un hombre reflexivo y sensato querrá permanecer inmóvil en su condición, hacer consistir su lujo en su independencia y gozar descanso y reposo; no se le dejará tranquilo. El desinterés, la vida simple y con severidad independiente, son artículos pasados ya de moda y objeto de un desdén general."

Se miente religiosidad; se miente amor al prójimo, se miente abnegación, se miente sinceridad: la cucaña tentadora, la cucaña política, la cucaña de la riqueza, la cucaña del renombre, la cucaña del aplauso: he ahí todo. Hay que trepar aunque sea arrastrándose como los insectos más repugnantes.

Trepad, pues, hombres del día. Trepad los que aspiráis a gobernar, los que queréis dirigir, los que soñáis con brillos de efímero deslumbre; trepad los ambiciosos, los glotones de la riqueza; trepad los que os creéis elegidos, predestinados a una hegemonía literaria, política, científica o social; trepad todos a porfía que la masa estulta os ayudará placentera, creyendo o aparentando creer en vuestras promesas de gloria o bienestar

de grandeza; en vuestros mentidos servicios; en vuestra necia superioridad.

Que mientras trepáis no faltarán voces que clamen desde acá abajo por una vida sencilla, honesta, sincera. Una vida sencilla, honesta, sincera, que vendrá al derrumbarse el mundo que agoniza, que surgirá al estrépito de todas las cucañas al venirse al suelo.

La fuerza de los que cifran su orgullo en su independencia, en su sinceridad, en su sencillez, es la fuerza de un mundo que se adelanta a los tiempos, que viene a todo correr para sanear la atmósfera, el ambiente social y purificar la conciencia de los individuos dotándoles del heroísmo de la verdad, del valor de ser ellos mismos, netamente ellos, sin doblez, sin fingimiento, sin hipocresía. Esta fuerza pretende que los ciudadanos no vivan del común engaño, que cada uno se confiese tal cual es, bondadoso o indiferente, egoísta o desinteresado, blanco o rojo, sabio o necio; que cada uno pueda estrechar la mano del otro sabiendo que es la mano del adversario o del amigo, la mano del heroe o la mano del sabio, la mano del necio o la mano del egoísta. Cada hombre vale tanto más cuanto más francamente se muestra tal cual es. Necesitamos tener el valor de nuestra propia personalidad.

Mostrémonos como somos. Si abrigamos una ambición personal no nos finjamos redentores del prójimo; si corremos tras la riqueza no aparentemos una piedad que no se siente, una religiosidad que no pasa de los labios; tengamos el valor de ser nosotros mismos.

Y cuando tengamos este valor habremos vuelto a la vida honesta y sencilla, a la verdad simple y neta. No hay mayor gloria que la tranquilidad de ser probo, leal, franco, abiertamente franco y noblemente desinteresado. Volvamos, sí, a las costumbres modestas, a las costumbres de independencia, de sencillez, de honestidad.

El ambiente de mentiras, de ambiciones, de vanidades, de concupiscencia, corroe las entrañas de la sociedad y corroe nuestras propias entrañas. Estamos en piena peste de embustes, de fatuidades, soberbiamente engreídos de nuestra maldad.

Llamemos a todas las puertas, forcémoslas si es preciso; que nuestra personalidad se ofrezca a la contemplación pública como entre cristales diáfanos.

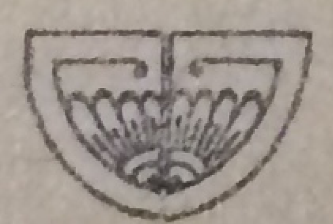
Que de todos lados partan voces haciendo un llamamiento vigoroso a la sencillez, a la independencia y a la honestidad. Cifremos en ello nuestro orgullo. Es menester ser sinceros hasta el heroísmo.

Las pestes se vencen a fuerza de higiene. La higiene social tiene un nombre: verdad.

La verdad será el gran reactivo que nos devuelva al dominio de nosotros mismos.

Digamos, impongamos la verdad tercamente, sin arredrarnos por nada, hasta con los puños si es necesario. Que la verdad sea el cautiverio implacable de todas las llagas que nos apestan, asfixiados en una atmósfera de muerte.

La verdad nos emancipará.



Paz inaceptable

El pujante avance del socialismo revolucionario, su poderosa acción dirigida contra el estado social presente, ha determinado entre literatos y filósofos una tendencia de reacción hacia las doctrinas cristianas. Algunos, pretendiendo vivir en su tiempo, se han dicho resueltamente socialistas, no sin aportar al socialismo el bagaje de las ideas tradicionalmente burguesas. De este ayuntamiento extraño ha resultado el eclecticismo imperante que atiborra el cerebro popular de mixturas ideológicas indigestas y obscurece el horizonte de las aspiraciones revolucionarias.

De todos lados han partido voces de humanidad, de paz y de amor. Se ha proclamado el derecho de los pobres a la vida y a los goces de la vida; se ha reconocido su beligerancia política, ensalzándolos y enalteciéndolos. El arte se ha dignado recordar que hay grandiosidad en la pobreza. Se poetiza mucho, se discurre poco. Por eso resultan prácticamente nulos los esfuerzos del neomisticismo sociológico; porque se trata de una simple corriente de simpatía, no de una actividad racional racionalmente dirigida. La eficacia del remedio corresponde a la naturaleza de la sensación del mal. Es necesario que la rendición se fíe a la magnanimidad de los poderosos, a la beneficencia organizada y a la instrucción y bondad del pueblo. Es, en fin, preciso esperar a que el amor obre el milagro. Volvemos otra vez y siempre al cristianismo, a la resignación, a la conformidad.

Todos los sabios de la cátedra, todos los literatos y filósofos que han enarbolado la bandera que el abate Froment plegó con el derrumbamiento de sus infantiles ilusiones de creyente, olvidan o quieren olvidar la inutilidad de sus predicaciones para cambiar la naturaleza de las cosas; olvidan o quieren olvidar que hablan a intereses antagónicos, que no se llenan los estómagos vacíos ni se desvanecen los vapores de la hartura con peroratas fraternitarias, que no se modifica al hombre por el mandato de un cambio necesario. Los sabios de la cátedra, los filósofos y los literatos se han planteado el problema prescindiendo de los datos en función, de los cuales únicamente la incógnita puede ser despejada. Han prescindido y prescinden de la propiedad individual, origen de la miseria; del poder organizado, causa de la esclavitud política; de la enseñanza oficial, coeficiente obligado de la ignorancia popular.

La paz, en tales condiciones, sólo es posible mediante la resignación de los de abajo. La caridad de los de arriba no dará más que apariencias de sosiego, paliará el mal, pero carece de eficacia para destruir la desigualdad social.

Plantéase la cuestión, una vez reconocida la existencia del problema, con el propósito de hallar los medios de que todos los hombres entren en el pleno goce de la existencia, de que todos disfruten de bienestar y de libertad; y la cátedra, la filosofía, la literatura responden al estruendo del aldabonazo del pueblo reconociendo la justicia de la reivindicación y la necesidad de satisfacer perentoriamente las demandas de los miserables. Mas ¿qué hacen? ¿Proponen el allanamiento de todos los obstáculos? ¿Obran, en consecuencia, trabajando por la destrucción de las causas del mal? ¿Analizan estas causas y establecen la injusticia de la propiedad, del salariado, de la legislación y del gobierno?

Los más resueltos se conforman con puras abstrac-

ciones. La igualdad paréceles admirable; la libertad, hermosa; la justicia, el supremo ideal humano. Y a renglón seguido esfuérzanse en meter en el odre viejo de la organización social presente sus ideales del mañana, sin percatarse de que el contenido real de la igualdad, de la libertad y de la justicia es incompatible con este orden de jerarquías, privilegios y coacciones imperantes.

Claman en desierto si piden al Estado leyes protectoras, igualdad en la distribución, justicia en las relaciones sociales. Claman en desierto si a los ricos exigen bondad y caridad, resignación y mansedumbre a los pobres. Claman en desierto si pregonan la necesidad de resolver el conflicto por medio de la amistad entre todos los hombres. Lo repetimos: el concurso del que manda y del que obedece, del capitalista y del jornalero para la obra de la paz, es, simplemente, absurdo. No puede haber entre ellos ecuación de equidad.

El proletariado sabe bien que no puede amar en la sumisión; que no puede rendirse al cariño, a la fraternidad, con el que le explota; que no puede considerar como a hermano al que le acuchilla. Sabe que todas las leyes, aun cuando lleven la etiqueta socialista, dejarán en pie la propiedad privada y el gobierno.

"Escribiréis en vuestros códigos cuantas veces queráis la igualdad, la libertad y la justicia; pero como no suprimiréis ni al propietario, ni al legislador, ni al magistrado — dice el jornalero —, continuaré sometido al que manda, al que explota y al que juzga, y seré siempre inferior a ellos, condenado, antes y después, a la resignación que me esclaviza y a la miseria que me aniquila. No, no podré amar al déspota, y os regalo todas vuestras lindas lindezas retóricas. Quiero la igualdad positiva de condiciones, la libertad completa de acción, la justicia que me permita y permita a todos la satisfacción de las necesidades reales de la existencia, necesidades de pan, necesidades de instrucción, necesidades

de arte. Estoy harto de vuestras metafísicas, de vuestras sutilezas teóricas, de vuestros acomodamientos estériles. Podéis romper vuestros códigos y vuestros decretos, que, aun cuando ellos contuvieran el mandato terminante de la libertad, de la igualdad y de la justicia, serían prácticamente tan ineficaces como lo ha sido hasta el día el precepto cristiano del amor. Son los hechos y las cosas los que hay que atacar resueltamente, no sólo su representación.''

La lógica popular parecerá brutal a la sabiduría de cátedra, pero es harto más científica y positiva que sus sofísticos escarceos a beneficio de lo existente, porque ''a priori'' lo supone inmutable y eterno.

El cerebro y el brazo

''¿Conqué la función de pocero no es menos importante que la del sabio que investiga?

Me parece que confundes lo importante con lo necesario. Lo importante es la función inteligente; lo necesario es el mecanismo que ejecuta.''

(Réplica de un anarquista.)

Dije, con motivo de las idolatrías populares, en uno de los números de ''El Libertario.'' poco más o menos lo siguiente:

''Soy de los primeros en reverenciar las cualidades sobresalientes de los hombres; soy de los primeros en rechazar toda preponderancia aunque venga revestida de los mejores méritos. Nadie sobre nadie. Si hubiera primeros y últimos entre los hombres, el último de los productores sería tanto como el primero de los genios. El saneamiento de una alcantarilla no es menos importante que la más genial de las creaciones artísticas. Y si descendemos un poco, vale mucho más el pocero que limpia las atarjeas, que cuantos, desde las alturas del poder y de la gloria, embaucan a la humanidad con sus bellas mentiras...

''Natura no distingue de sabios e ignorantes, de refinados y safios. Todos, igualmente, animales que comen y defecan. El desarrollo intelectual y afectivo puede constituir una ventaja personal y derivar en provecho común, nunca fundar un privilegio sobre los demás''.

de arte. Estoy harto de vuestras metafísicas, de vuestras sutilezas teóricas, de vuestros acomodamientos estériles. Podéis romper vuestros códigos y vuestros decretos, que, aun cuando ellos contuvieran el mandato terminante de la libertad, de la igualdad y de la justicia, serían prácticamente tan ineficaces como lo ha sido hasta el día el precepto cristiano del amor. Son los hechos y las cosas los que hay que atacar resueltamente, no sólo su representación."

La lógica popular parecerá brutal a la sabiduría de cátedra, pero es harto más científica y positiva que sus sofísticos escarceos a beneficio de lo existente, porque "a priori" lo supone inmutable y eterno.

El cerebro y el brazo

"¿Conqué la función de pocero no es menos importante que la del sabio que investiga?

Me parece que confundes lo importante con lo necesario. Lo importante es la función inteligente; lo necesario es el mecanismo que ejecuta."

(Réplica de un anarquista.)

Dije, con motivo de las idolatrías populares, en uno de los números de "El Libertario," poco más o menos lo siguiente:

"Soy de los primeros en reverenciar las cualidades sobresalientes de los hombres; soy de los primeros en rechazar toda preponderancia aunque venga revestida de los mejores méritos. Nadie sobre nadie. Si hubiera primeros y últimos entre los hombres, el último de los productores sería tanto como el primero de los genios. El saneamiento de una alcantarilla no es menos importante que la más genial de las creaciones artísticas. Y si descendemos un poco, vale mucho más el pocero que limpia las atarjeas, que cuantos, desde las alturas del poder y de la gloria, embaucan a la humanidad con sus bellas mentiras...

"Natura no distingue de sabios e ignorantes, de refinados y safios. Todos, igualmente, animales que comen y defecan. El desarrollo intelectual y afectivo puede constituir una ventaja personal y derivar en provecho común, nunca fundar un privilegio sobre los demás".

Tales palabras dije sin sospechar que un camarada anarquista se creyera en el caso de redargüirlas. Parecieronme entonces puestas en razón; estoy ahora orgulloso de haberlas escrito.

Este buen amigo, que me escribe un buen fajo de cuartillas para señalar errores míos, piensa tal vez que la vida llegará a ser un efluvio mental purgado de las groserías de la carne, y en esta hipótesis, nada científica, pese a la mucha ciencia de que hace gala, no encuentra cosa que le parezca importante si no es la misma inteligencia. El pocero, el zapatero, el sastre, el albañil, etcétera, son, a lo sumo, mecanismos necesarios para que los otros — los sabios y los artistas — coman y se regodeen.

Antojáseme todo ello un resabio de educación, un prejuicio extraño en un anarquista y, todavía más, un exceso de reverencia para los productos del cerebro humano. Andamos tan saturados de idolatrismo, que no podemos asomarnos a las puertas del saber y del arte sin quedarnos extáticos, humillarnos ante el genio y aun reconocernos nosotros mismos seres superiores apenas hemos logrado comprender cuatro quirománticas palabras explicativas de determinados fenómenos de la Naturaleza. Allí donde leemos la palabra ciencia, nuestra fe se prosterna ante el nuevo ídolo.

Mas si logramos transponer los umbrales del templo, si en nuestro anhelo de sabiduría conseguimos penetrar analíticamente la entraña de los más firmes conocimientos, ¡cómo se derrumban entonces nuestros ensueños, nuestros castillos de naipes! La fé flaqueará ante el artificio patente, ante la hipocresía falsa, ante la solución provisional que no soluciona nada. Hay en la ciencia más convenios y más acomodamientos que verdades conquistadas. Acaso brota de mi pluma modestísima una herejía. ¡Perdón, entonces, oh manes que nada ignoráis!

Pero es lo cierto que la vida no se compone de sabidurías, sino de necesidades y de satisfacción de necesidades. El trabajo es necesario y es importante, tan importante, que sin él pereceríamos. Sin sabios, no. La apreciación de los mecanismos necesarios es una vulgaridad de filisteo que no debe manchar los labios de los anarquistas. La distinción de brazo y cerebro, es un comodín de la burguesía para mantener disimuladamente en servidumbre perpetua al que trabaja. No hay, de mi parte, confusión entre lo importante y lo necesario. Hay, si acaso, insuficiencia de expresión, porque la obra del pocero, del sastre, del mecánico, etc., es necesaria y es importante a un mismo tiempo. De la ruda labor del brazo vivimos todos, los ignorantes y los sabios. De la cómoda labor de éstos, vive el que puede. No llegan los frutos de su ciencia a la multitud ineducada y zafia; no llegan sus espléndidas luces al fondo del pozo minero, al antro industrial, a la covacha miserable del asalariado. Lo necesario y lo importante es producir y es consumir, esto es, vivir. Natura no distingue de sabios e ignorantes. Ante ella no hay más que animales que comen y defecan. ¡Qué burdo, qué antiartístico, qué falto de elevada ciencia metafísica es todo esto! ¿Verdad, "mío caro"?

No se crea por ello que desdeño el arte y la ciencia, que menosprecio el genio, que reniego de la inteligencia. Brazo y cerebro, no acierto a verlos escindidos. Donde se trabaja, se piensa. Diremos con Proudhon: el que trabaja filosofa. No hay funciones separadas, contradictorias, sino una sola función que se traduce en pensamientos y en hechos. La rutina quiere que veamos en algunos hombres seres privilegiados y hemos inventado el sabio como habríamos inventado el hechicero, el augur y el sacerdote. El desdichado pocero es aun para este camarada anarquista nada más que el mecanismo necesario.

El sabio, si es sabio, y precisamente por serlo, no se piensa él mismo más importante que el pocero. ¡Somos nosotros, que nos empeñamos en ponerlo sobre un pedestal! Cuanto más nos adentramos en el laberinto de los conocimientos, más y mejor nos damos cuenta de nuestra insuficiencia. Se necesita del idolatrismo atávico para forjarnos dioses a nosotros mismos o a los individuos de nuestra devoción. A veces el solo título de un libro nos subyuga y no tardamos en rendir fervoroso culto a su autor. Idolátricos, idolátricos y nada más que idolátricos. Miramos a través de este prisma todas las cosas. ¿Cómo habríamos de considerar más importante la obra de millones de hombres que limpian atarjeas, deshollinan chimeneas, hacen zapatos, labran las piedras, perforan las montañas, que la de un núcleo de afortunados que a cambio de unas cuantas verdades nos han regalado todas las grandes mentiras, grandes y bellas, que han labrado, labran y aun seguirán labrando por algún tiempo todos los infortunios humanos?

El hombre es su propia función y su propio mecanismo ¿A título de qué habrán de ser unos brazo y otros cerebro?

Brazo y cerebro son partes de un todo armónicos que llamamos hombre. En el reino de la Naturaleza todos los hombres son equivalentes, cualesquiera que sean las diferencias orgánicas que los distingan. De la desigualdad nace precisamente el principio de la igualdad social: que cada uno pueda, según sus aptitudes de desenvolvimiento, desenvolverse sin trabas ni cortapisas. Conceder mayor importancia al cerebro que al brazo, es reconocer un privilegio como otro cualquiera. La anarquía los repudia todos.

OBRAS DE TEATRO

Al fondo! Al fondo!... Drama en 1 acto por V. González de Castro.

Almafuerte — Drama en 3 actos por S. M. Onrubia.

Alma Social — Diálogo en un acto por Miguel Rey.

Basta de Suegros — Comedia en 1 acto por E. Lustonó.

Carrero en Huelga. — Monólogo cómico, por Florencio Parravicini.

Criminal —. Monólogo dramático social por Pedro Gonse.

Contra el murallón. — Comedia en un acto, A. y G. López.

Cuento inmoral. — Monólogo, por Jacinto Benavente.

Del Arrabal — Sainete en 1 acto por Gornati y Nosiglia.

Derecho de amor. — Drama en un acto, Tito Livio Foppa.

Descubrimiento de América. — Monólogo cómico, F. Parravicini.

Don Pedro Caruso — Drama en 1 acto por Roberto Bracco.

¿Dónde está Dios? — Monólogo en verso por Miguel Rey.

El aeroplano en la guerra. — Monólogo cómico, por F. Parravicini.

El Acabose — Boceto cómico en 1 acto por Elio Galio.

El Atentado — Monólogo satírico por Fag Libert.

El Amuro — Entremés malevo en 1 acto por J. F. Palermo.

El Azote — Comedia dramática en 3 actos por R. Manigot.

El borracho. — Monólogo en verso por Eduardo Carmona.

El canto de los libros, monólogo dramático por Z. R. de Albornoz.

El crimen de ayer. — Drama en tres actos, por Joaquín Dicenta.

El clinudo. — Drama en dos actos, por Agustín Fontanella.

El Condenado a Muerte — Diálogo dramático por S. Locascio.

El defensor de su Honra — Drama en 3 actos por Juan de Roba.

El derrumbe. — Comedia en tres actos, por V. Martínez Cuitiño.

El día Sábado — Ensayo de comedia en 1 acto por F. D. Novoa.

El Esquinazo — Juguete cómico en un acto por Manuel Montero.

El León de Bronce — Monólogo dramático por J. Dicenta.

El mártir de Ushuaia. — Monólogo dramático, por Luis Zino.

El Místico — Drama en 3 actos por Santiago Rusiñol.

El nuevo cañón. — Monólogo cómico, por F. Parravicini.

El pan del pobre. Drama en un acto, por Antonio L. Alve.

El Sueño Dorado. Comedia en un acto por Vital Aza.

El Teniente Cura — Juguete cómico en 1 acto por Gil y Romea.

En Bruto — Boceto de comedia en un acto por A. Salis.

En las Garras de la Ley — Comedia dram. en un acto S. Locascio.

Entre Doctores — Juguete cómico en 1 acto por Abati y Díaz.

Familia complicada. — Monólogo cómico, por F. Parravicini.

Fin de fiesta — Drama en 1 acto por Palmiro de Lidia.

Final de una Tragedia — Drama en 1 acto V. González de Castro.

Flores de Trapo — Drama en 1 acto por A. Lenti Bianchi.

Germinal — Tragedia social en 1 actos en verso, J. San Clemente.

Girón de vida. — Drama en tres actos, por F. Fernández Gómez.

Héroe Ignorado — Monólogo por Alfonso Grijalvo.

Huelga en el Cielo — Extravagancia cómica en 1 acto A. Grijalvo.
Humanamente. — Comedia dramática en un acto, M. Buranelli.
Irma — Episodio dramático en un acto y 5 cuadros por S. Locascio.
Juventud — Drama en 1 acto por Ignacio Iglesias.
La canción del bohemio. — Monólogo en verso por F. Sassone.
La chica de la fonda — Drama en 3 actos por Miguel Buranelli.
La Fiesta del Trabajo — Boceto teatral en un acto por S. Locascio.
La Foguera de San Juan — Juguete cómico en 1 acto, M. Cachero.
La fortaleza. — Drama en 3 actos por Agustín Fontanella.
La Huelga de los Herreros — Monólogo dramático por F. Coppée.
La Mala Vida — Drama en 1 acto. por V. A. Salaverri.
La madre eterna — Drama en 3 actos por I. Iglesias.
La mujer del Godo. — Tragedia en un acto por S. Locascio.
La Pobre Vieja — Sainete en 1 acto por R. Cappemberg.
La risa del pueblo. — Comedia en dos actos, José de Maturana.
La sombra. — Drama en tres actos de Enrique García Velloso.
La única fuerza — Drama en 3 actos por P. E. Pico.
La Virgen Roja — Drama en 3 actos por P. y Cordon.
Las campanas. — Comedia dramática en 3 actos, J. Sánchez Gardel.
Las Dos Joyas de la casa — Juguete cóm. en 1 acto Curzo y Barrera.
Las golondrinas. — Drama en un acto por G. Martínez Sierra.
Lo inevitable — Drama en 1 acto por Miguel Marchese.
Los Escrushantes — Sainete en 1 acto por A. Vacarezza.
Los malos Doctores — Drama en 1 acto por A. Havaux.
Los Mártires — Drama en 1 acto por Dante Silva.
Los Pobres Ciegos — Boceto dramático en 1 acto V. L. Caccuri.
Marta Gruni — Sainete en 1 acto por Florencio Sánchez.
Narigueta. — Sainete en un acto por Agustín Fontanella.
Para eso Paga!... — Boceto dramático en 1 acto por P. E. Pico
Parravicinada. — Monólogo cómico, por Florencio Parravicini.
Por la Raza. — Drama en dos actos, Antonio y Gerardo López.
Primero de Mayo — Boceto dramático en 1 acto, P. Gori.
Prometeo — Comedia en un acto por Huidobro.
¿Quién es el ladrón? — Juguete cómico por Elio Galio.
Salomé. — Drama en un acto por Oscar Wilde.
Sin Patria — Diálogo por Torres y Brotons.
También la gente del Pueblo — Diálogo en 1 acto por M. de Larra.
Tierra virgen. — Drama en tres actos, por Pedro E. Pico.
Tucumán. — Episodio dramático por C. Vidal.
¡Una limosna por Dios! — Cuadro dram. en 1 acto, por J. Veyan
Ultima muñeca. — Comedia en un acto por Agustín Fontanella.
Un buen negocio — Comedia en 2 actos por Florencio Sánchez.
